

LA TECNOLOGÍA COMO PRINCIPIO

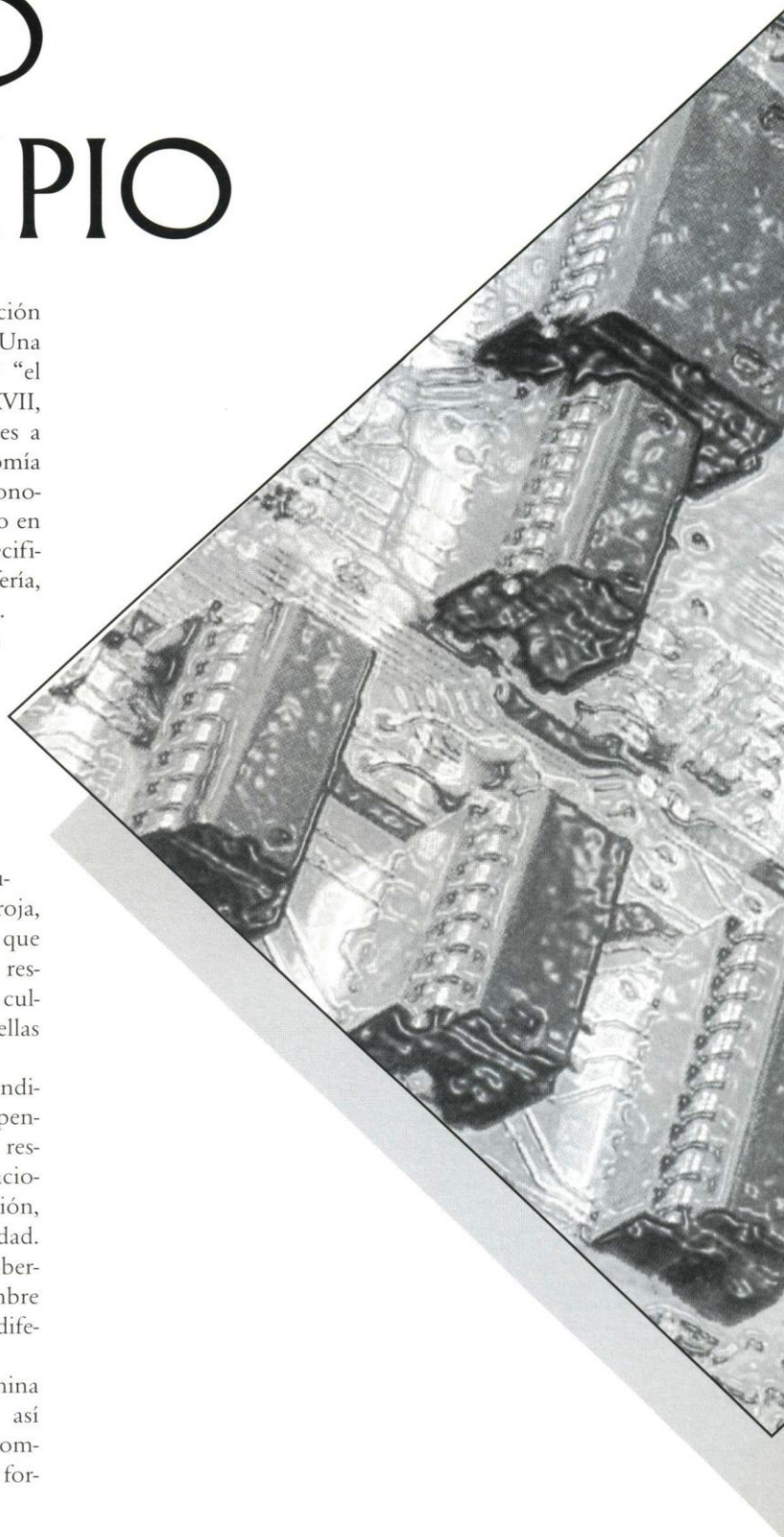
La Modernidad nació con vocación de autonomía de los saberes. Una vocación apenas contenida por “el espíritu del sistema” del siglo XVII, pero que rompe todos los diques a partir de la Ilustración: autonomía de la política, las ciencias, la economía, las artes, la historia...El saber resultó fragmentado en “saberes” que reclamaban, cada uno para sí, su especificidad, no sólo en lo que a fines y objetivos se refería, sino también en lo que a los métodos hacía al caso.

El siglo XIX conoció una competencia salvaje entre disciplinas, en disputa por el territorio sobre el que consolidarse y por la superioridad de unos métodos sobre otros, de cara a ofrecer en el mercado de las certezas un mayor grado de consistencia objetiva e imparcial.

La tarea de unificación y mediación encomendada a la Filosofía como fuerza centrípeta integradora y vertebradora, se vio desbordada por la virulencia de las fuerzas centrífugas, hasta que ésta arroja, finalmente, la toalla en nuestro siglo, momento en que la agresividad e indiferencia de unas competencias respecto a otras, fragmenta y atomiza la unidad de la cultura en materias, viviendo por entero cada una de ellas a espaldas de las demás.

¿En qué consistía, neurálgicamente, la reivindicación de autonomía? Antes que nada, en la independencia de los criterios de juicio de esas materias con respecto a valores que las habilitara para seguir una racionalidad propia. Después, en la independencia de acción, para poder obrar según los criterios de profesionalidad. Y, por último, en el rechazo de constricciones a su libertad de actuación desde instancias exteriores, en nombre de la protección de fines o valores de naturaleza diferente.

Es por este itinerario que la Ciencia se termina erigiendo en modelo y paradigma de todo saber, así como de la independencia y autonomía que deben acompañarlo. En cuanto que su objetivo es la búsqueda for-





mal de verdades o certezas objetivas, reclama igualmente la neutralidad axiológica, es decir, su inmunidad a cualquier objeción moral.

Ahora bien, inseparablemente imbricado al mismo corazón de la Ciencia moderna se ha colado de rondó un fenómeno nuevo que, sin poseer las mismas condiciones que aquella, ha reclamado y gozado, confundiendo con ella, de idénticos atributos: la Tecnología.

Es evidente que ésta se mueve en un territorio de naturaleza diferente- al menos en teoría- que no es otro que el de los resultados prácticos y la manipulación, es decir, el de la acción.

Porque penetra abiertamente en el campo de la elección y la decisión, y por ello de los juicios de valor, ni podemos ni deberíamos concederle idéntica autonomía que a la Ciencia. La primera meta de esta última- al menos en su consideración tradicional- es la búsqueda y conocimientos de certezas, la de la otra es la ejecución de algo útil. Usualmente la Ciencia ha sido primero y la tecnología corolario de ella. Pero en nuestro siglo hemos asistido a la inversión de semejante orden de prioridades hasta

terminar por derivar en dependencia fiel de la Ciencia con respecto a la Tecnología, que adviene así a la posición de primaria: es la utilidad quien selecciona lo que se investiga. El hacer es antes y el conocer después. Abriéndose paso a través de la rentabilidad económica y el beneficio inmediato, la Tecnología ha terminado por señorear nuestro mundo gracias a la impunidad e independencia de valores exigida por la Ciencia.

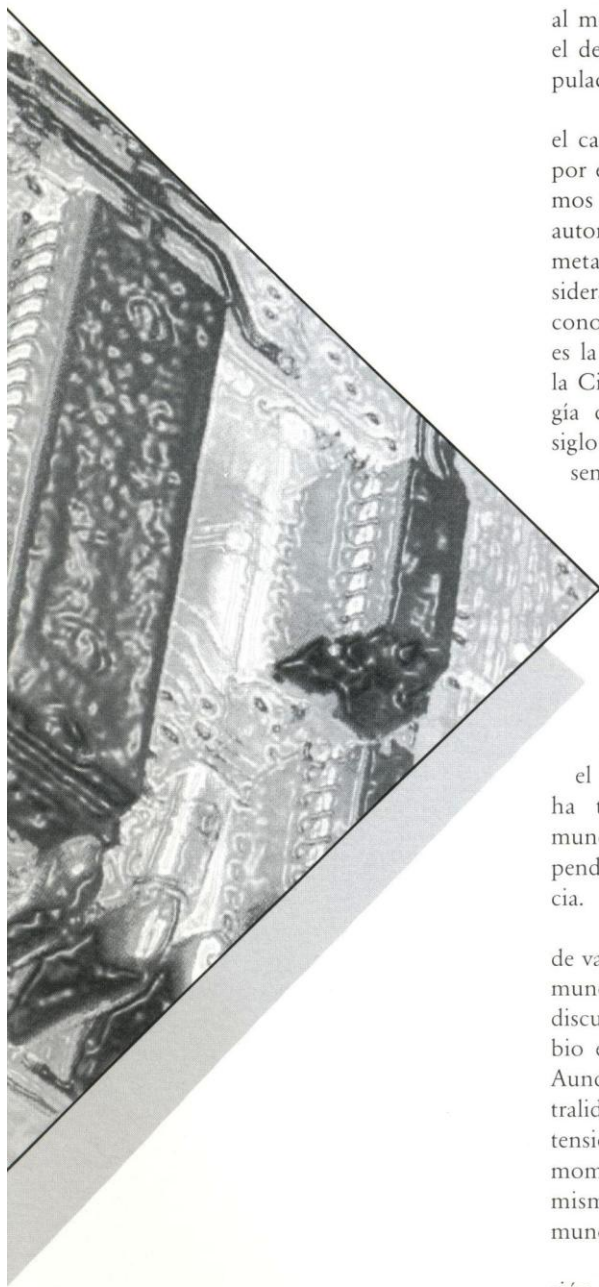
Si ésta observa una neutralidad de valores o si posee una concepción del mundo ínsita en sus profundidades, es discutible y discutido. No lo es en cambio en lo que a la Tecnología respecta. Aunque pretenda también para sí la neutralidad axiológica de la ciencia, tal pretensión se nos muestra falaz desde el momento en que ella sí que porta, en su mismo núcleo, una concepción del mundo y sus correspondientes valores.

Viene siendo habitual la confusión de la sociedad industrial con la Tecnológica. Pero la visión tradicional de la máquina como un instrumento que el hombre usa a su voluntad se ha trocado

en algo muy distinto. La Tecnología es hoy una red que concatena y articula los más diversos sectores de la actividad humana hasta convertirse, no sólo en el basamento de la actividad económica y la articulación social, sino también una forma de vivir, comunicarse y pensar; una auténtica y nueva cultura, que ha dejado ya atrás a la industria de los dos siglos pasados. Y esta mutación se está produciendo básicamente en esta segunda mitad de nuestro siglo. Como tal cultura posee pues, como ya he dicho, sus propios valores. Voy a resaltar, brevemente, algunos de ellos.

Quizás el más llamativo sea la neutralización de la subjetividad en los términos en que la Modernidad lo ha conocido. desde Descartes hasta hoy hemos venido concibiendo el yo o sujeto humano como sustento de ideologías privadas sobre la realidad, y portador de fines y valores propios. En cuanto sujeto de razón y reflexión es también sujeto moral de responsabilidades. Tal autonomía de la conciencia es la primera en verse afectada restrictivamente en tanto no favorezca las exigencias operativas y los rendimientos tecnológicos. La formación intelectual está dejando de guiar al hombre y las sociedades y viendo recordada su autonomía crítica al elegirse en prioritaria la formación en competencias profesionales y la adaptación e inserción en el sistema tecnológico, convertido en un todo condicionante e incondicionado. Como tal, su omnipotencia tiende a agotar el mundo de la vida y la reflexión, arrojando aquello que se resista a los márgenes de la obsolescencia y podando los estímulos intelectuales que tan sólo pueden ser encauzados hacia donde el sistema exige.

El salto cualitativo que había dado la Tecnología, y cuya consecuencias empezamos a sentir ahora, consiste en su capacidad para imponer crecientemente sus fines a las sociedades y a sus miembros. Lo más significativo que al respecto entrevemos es que el primero de tales fines es anular los propiamente humanos y sus valores, al menos en los términos en que hasta ahora los hemos conocido, hasta imposibilitar -presumimos- que estos puedan ser utilizados como límites a su expansión. El discurso Tecnológico desenmascara así su perfil totalitario, en cuanto que tiende a realizar la totalidad de sus posibilidades sin límites. Exige con





LA TECNOLOGÍA COMO PRINCIPIO

autoridad la aceptación estricta de sus propios valores de eficacia y optimización como criterios de admisibilidad de las acciones, hasta obtener que no se propongan otro tipo de acciones contradictorias con ellos y nos habituemos a no pensar en términos de lo que se debe hacer sino de lo que se puede hacer.

A través de la intersubjetividad o comunicación global que vehicula, reduce ampliamente las posibilidades de la libre elección al fragmentar el deber ser, reducido a la intimidad, y el poder hacer, interfiriendo la coherencia y la realización personales de los sujetos que ven frustradas así sus expectativas hacia el ser y, por consiguiente, debilitado éste en su propio núcleo.

Otro de los aspectos más llamativos de la consagración de la Tecnología como principio es el de la modificación del sentido del tiempo, que se obra mediante una alarmante ceguera en la mirada del hombre hacia adelante. La operatividad y funcionalidad tecnológica exige imperativamente la inmediatez, reduciendo las expectativas al inmediato presente hasta acostumbrarnos a mirar nada más que a corto plazo, el hoy, sin capacidad para vislumbrar el mañana ni aprender del pasado. Vivimos instalados en un presente continuo y desarraigados de cualquier responsabilidad con respecto a las generaciones venideras. Toda reflexión o previsión de futuro es fagocitada y anulada la utopía. Ya no podemos pensar el futuro y, como el único ser de éste se halla precisamente en la posibilidad de ser pensado, sencillamente nos hemos quedado sin futuro.

Finalmente, la Ciencia como modelo de saber, y la Tecnología de operar, constituyen un ecosistema con identidad propia al margen de cualquier otra identidad cultural, al no verse afectado por particularidades culturales. Carecen de fronteras y poseen su propia capacidad para homogeneizar la diversidad. Su naturaleza expansiva y totalitaria hace de ellos el primer factor de globalización con tendencia hacia la universalización. A través de los mercados y los sistemas de comunicación que es capaz de generar, puede implantarse velozmente, tolerando aquellas peculiaridades cul-

turales que con ella puedan convivir y reduciendo el resto a mero signo simbólico. Nos vemos abocados a una omnisciencia potencial de la Ciencia y a una omnipotencia tendencial de la tecnología, favorecidas por su capacidad para satisfacer tanto la arcana voluntad de poder como el anhelo de posesión sin límite del deseo humano.

Y la primera en verse afectada por la forma de actuar del complejo científico-tecnológico, está siendo la propia cultura occidental que la engendró. No debe resultar sorprendente que la imposición de adaptar las formas de vida y mentales al nuevo principio esté condenado a la obsolescencia a saberes y actividades que tradicionalmente venían ocupando lugares señeros en la cultura, como la filosofía, la historia, las culturas antiguas o las formas artísticas y narrativas. Parece lógico que tan sólo aquellas disciplinas que estén en condiciones de tecnificarse tengan posibilidades de supervivencia.

Por ende, la alteración y modificación de la forma de vida del hombre ilumina hábitos y mentalidades nuevas –así: globalización, hipertrofia del presente, atención flotante y dispersión de la concentración, privilegio de las formas de comunicación audiovisuales, hiperactividad, desnutrición de la interioridad y obesidad de la exterioridad, abotargamiento del espíritu y el intelecto en favor del cuerpo y los placeres sensitivos, etc...– que ya no se corresponden con aquellos, exigiendo una topología cultural de cuño distinto.

Si la visualización de los rasgos más esenciales de este mapa se mantiene aún confusa, es gracias a la resistencia de muchas de esas formas convencionales todavía arraigadas, de manera que ese tan característico “todo cabe” de nuestros días no es más que la convivencia de aquello que se resiste a desaparecer y lo que está en proceso de emerger. No otro es el sentido de lo que denominamos eclecticismo. A punto de quedarse sin raíces, el tronco de esas antiguas formas culturales navega ya por la superficie hacia su desembocadura entre un creciente desinterés de la mayoría de las poblaciones por su suerte.